



DON CARLOS Y DOÑA ELENA.

Romance nuevo, en que se da noticia de los amores de esto amantes, naturales de la ciudad de Málaga.

PRIMERA PARTE.

Galanes enamorados,
hijos de la primavera,
los que de flores y amores,
gustosamente se precian,
los que servís á las damas
con músicas y con fiestas,
y al cabo venís á dar
en una enredada yedra.
Oigan, que quiero contarles
la historia mas verdadera,
que en los anales del tiempo
han escrito las mas diestras
plumas de aquellos autores,
que hubo de notable ciencia
y porque en bronce se escrib
y en láminas quede impresa
le suplico á mi auditorio,
que con atencion me atiend
mientras les refiero y digo,
que en Málaga la mas bella
ciudad que el sol con susgir
baña desde la primera
hora de su nacimiento,
hasta que á su lecho llega,

nació una Dama, que fué,
hechizo de la belleza:
Doña Elena se llamaba,
pues bastó el llamarse Elena,
para que fuese otra Venus,
que entre las demás Estrellas
resplandece su hermosura
asi entre las malagueñas,
Doña Elena se llevaba
el lauro de todas ellas.
Rendido de su hermosura,
y ciego de su belleza
andaba un ilustre jóven,
cuyo nombre ya me esfuerza
decir, que Don Cárlos es,
y el apellido se queda
en silencio, porque importa,
que no lo diga la letra.
Por medio de una criada
correspondiente de aquesta
señora, le escribió un dia
un billete cuyas letras
decian de aquesta suerte:
«Hermosísima Princesa,
hechizo de la hermosura,
vivo iman de mis potencias,
tu amor me tiene cautivo
el corazon entre gruesas
cadenas, siendo la causa,
tu hermosura, Doña Elena,
yo pretendo ser tu esposo,
y si consigo esta empresa
pondré señora á tus plantas
aves, animales, fieras:
Dios te guarde, hermoso dueño
solo espero la respuesta,
para que tengan mis ansias
fin y descanso mis penas.»
Remitió el dicho billete,
con esta criada mesma,
y correspondió la dama,
diciendo de esta manera:
«Señor Don Cárlos, yo espero
á eso de las once y media
de la noche en mi balcon,
muy firme, constante y cierta,
y allí os daré la palabra
con certidumbre, y firmeza.»
Llegó el papel á don Cárlos,
tomólo y rompió la nema:
gran contento recibió,
mucho en el alma se alegra
en ver, que ya sus intentos
algunos principios llevan.
Llegó la citada hora,
tomando estoque y rodela,
dos famosas carabinas,
y una calada montera:
y armado como un Roldán
se fué al balcon de su prenda,
hizo una seña y salió,
y por una falsa puerta
del jardin le dió á Don Cárlos
entrada en su casa mesma.

Esté conmigo el curioso,
borrémos aquí la letra,
y vamos á que Don Cárlos
con súplicas y promesas,
gozó cuanto deseaba
su gusto, en falsas propuestas
juróle al fin con palabra,
y mano de ser con ella
desposado; pero luego
despues otra cosa intenta,
que es ausentarse, y dejarla,
y en una nave ligera
se embarcó para las Indias;
pero la suma grandeza
de Dios todopoderoso
quiso, que cautivo fuera
de unos bárbaros piratas,
que le presentaron guerra,
y por ser de fuerzas dobles,
prisioneros se los llevan
á la gran córte de Argel
y los pusieron en venta,
y á Don Cárlos lo compró
en cien libras de moneda
el moro de mayor fama,
que en el Africa respetan.
Dejemos aquí á Don Cárlos,
y pasemos á dar cuenta
de la dama, porque es justo
que por estenso se sepa.
Del ya referido lance
quedó esta noble doncella
embarazada; mas antes,
que el vientre se conociera
se encerró en un aposento,
á donde vista no fuera;
fingiendo que estaba mala,
no iba á visitas ni fiestas,
ni aun á Misa los domingos,
ni á las gustosas comedias.
y ya cercana del parto
mandó á un tallista le hiciera
un arquita muy labrada,
y que de largo tuviera
dos tercias y media vara
de ancho y despues de hecha
le echase su cerradura,
su llave, y una cadena
á donde estuviera asida,
porque no se le perdiera.
Llegó la hora en que ya
los dolores se le acercan
del parto y á una criada
mandó que se dispusiera
para salir, y que á nadie
le diese indicio, ni cuenta
á donde iban y salieron
disfrazadas y encubiertas,
amparadas del silencio
de la noche y sus tinieblas,
y juntamente llevaron
el arca y la vestimenta,
para que lo que pariese
fuese vestido con ella,

y en unos espesos montes
las dos se metieron cerca
de un fertilísimo rio,
en una casa pequeña
inhabitable, que estaba
terraplenada y deshecha,
en ella parió, sirviendo
su criada de partera,
parió una niña, que daba
envidia á las flores bellas,
vistiéronla, y le metieron
en el pechito una cédula,
cuyos renglones decian:
El Bautismo es el que espera.
Despues al cuello le echaron,
una preciosa cadena,
con una joya de oro
de inestimable grandeza,
que en los primeros amores
Don Cárlos dió á Doña Elena
Metiéronla en el arquita,
y luego despues la cierran,
y las juntas de las tablas
las embrearon con brea,
para que el agua no entrara
dentro y que no se hundiera.
Arrojáronla en las aguas,
cuyas corrientes soberbias
ván á tener en la mar
sepulcro en sus aguas mesmas;
despues se fueron las dos
á la Ciudad con presteza.
Y aquí el poeta rendido
aquesta parte primera
le dá fin y en la segunda,
decir lo que falta intenta.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.